

de comprender para la mayoría que vive pensando en sí mismo continuamente.

El hombre público ha de saborear esa amargura cuando no muere en la brecha, que es lo suyo, y le da tiempo a paladear su postergación y a Eulogio no le quedó por probar ninguna retama del arroyo del Albardial, que es el premio con que el mundo corona a todos los redentores, lo merezcan o no.

Otras minucias le reprocharon para empujarle por la cuesta abajo y hasta los que dijeron públicamente que le tenían miedo, se envalentonaron después y propusieron sesiones secretas para hablar claro, cosa que él aceptó pero sin tapujos, resultando otro parto de los montes, pariendo ratoncillos como el de que si le daban o dejaban de dar, un alquiler de 7 pesetas por la huerta de la Fuente o le había dejado el arte de la noria a su amigo Lázaro.

Todos se concitaron contra él sin ningún motivo serio aparte de lo de los concejales, pero mas y mas los llamados monárquicos, matiz que tenía Estrella aunque en realidad no lo fuera, como los otros, ninguno de los cuales había sido molestado personalmente, porque aquello no era antagonismo político ni rencor, era simplemente envidieja, el choque de lo pulido con lo áspero, la molestia determinada por larga actuación de una modalidad y el deseo de cambiarla, agotada con exceso la originalidad de los primeros tiempos, con la gracia y el gusto que nos dábamos de estar representados por la llaneza misma, en lo político por Estrella, en lo eclesiástico por Juan Tello, en lo médico por don Magdaleno, en lo pedagógico por el Sr. Bernardo y en la arriería por la Escobara, con un ambiente general de cierto nivel cuya masa, en su oleaje casineril, se constituyó en verdadero gobierno con cualquiera representación que saliera de ella y tendía a desplazar lo anterior; eso era todo, aunque el ropaje no impidiera los malos modos de los actuantes y cayeran de malas maneras los que mas alardeaban y presumían.

SUCEDIDO

A mediados de Junio del año 1915 se compraron los terrenos para ensanchar la entrada de Los Alterones y quitar las pintrescas escalerillas que se habían ido labrando en los riscos de piedra arenisca que son asiento de la callejuela, decisión análoga a la del Arco de la Plaza y por las mismas razones y tendencias, con olvido total de la estética de la rinconada que era preciosa como aldeaño del espacioso Altozano y sus hitas que subían hasa el Pozo Coronado.

Fué el mismo año que Juan de Dios Lizano tomó también terreno en la otra punta para hacer su casa del chaflán enfrente de la Carrasola.

En el ataque se perdió todo, hasta el nombre típico y expresivo que yace en el más completo olvido.